

## Dos momentos en la recepción de una obra: el caso del *Verdadero antídoto contra los malos libros...* de Nicolas Jamin, presente en una biblioteca zacatecana

MARÍA ISABEL TERÁN ELIZONDO  
*Universidad Autónoma de Zacatecas, México*

Entre los libros que integran la Biblioteca Elías Amador en Zacatecas,<sup>1</sup> México, y proveniente del fondo del Colegio de Propaganda Fide de Guadalupe,<sup>2</sup> se encuentra el libro titulado *Verdadero antídoto contra los malos libros de estos tiempos o Tratado de la lectura cristiana...*,<sup>3</sup> escrito originalmente en 1774 en francés<sup>4</sup>

- 
- 1 Esta biblioteca está conformada por alrededor de 18,000 volúmenes provenientes de las bibliotecas coloniales de las órdenes religiosas establecidas en Zacatecas.
  - 2 En 1679 el Papa Inocencio XI aprobó el establecimiento de colegios de propaganda Fide con la finalidad de dar un nuevo impulso a la evangelización de la Orden de San Francisco en todo el mundo. El primer colegio americano fue el de la Santa Cruz de Querétaro (1683). A este le siguió el del Cristo Crucificado (1700) de Guatemala, y el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas (1707) fundado por fray Antonio Margil de Jesús.
  - 3 El título completo es: *Verdadero antídoto contra los malos libros de estos tiempos o Tratado de la lectura cristiana en el que no sólo se propone el método que se debe observar en la lectura de los buenos libros, a fin de sacar utilidad de ellos; sino que al mismo tiempo se descubre el veneno que ocultan muchos de los modernos, manifestando los artificios con que procuran con aparentes razones difundir sus errores y atraer a las gentes sencillas a diversos vicios y disoluciones*. Madrid, Imp. de don Miguel Escribano, 1784,

por Nicolas Jamin,<sup>5</sup> y traducido al castellano e impreso en Madrid en 1784.

La presencia de esta obra que advierte sobre los peligros de los libros publicados en Francia hacia finales del siglo XVIII en el contexto de la Ilustración, incita la curiosidad por saber por qué fue editada su traducción en España, por qué ésta pasó a formar parte de una biblioteca zacatecana y si hizo eco en algunos autores novohispanos. El presente ensayo intenta esbozar algunas posibles respuestas.

---

4 El título original francés es: *Traité de la lecture chrétienne, dans le quel on expose des règles propres à guider les fidèles dans le choix des livres & a les leur rendre utiles...*, Paris, J.-F. Bastien. Hubo ediciones en 1774, 1776, 1782 y 1827, lo que demuestra su amplia difusión.

5 No existen muchas referencias de este autor perteneciente a la congregación de San Mauro. Los datos que hemos podido localizar repiten lo señalado en la portada de este libro y agregan 1730 como año de su nacimiento y 1782 como el de su muerte, así como que fue prior de St.-Germain-des-Prés. Al parecer fue autor de otros libros antifilosóficos, algunos de ellos traducidos también al castellano, como *Pensées théologiques, relatives aux erreurs du temps*, Paris, Humblot, 1777; Bruxelles, J. S'ertevens, 1778, traducido como *Antídoto contra el veneno de la incredulidad y de la heregía, o pensamientos teológicos contra los errores del tiempo, sacados de los que escribió en francés el R. P. Nicolas Jamin*, por Jacinto de la Barrera, Madrid, Imprenta de Blas Román, 1778. Otra edición: *Pensamientos teológicos respectivos a los errores de este tiempo, escritos en francés por Nicolas Jamin y traducidos al castellano por D. Remigio León*, Madrid, imprenta de Antonio de Sancha, 1778. *Placide a Maclovie: traite sur les scrupules...* Paris, J.B. Bastien, 1776 traducido al castellano como *Conversaciones entre Placido y Maclovia sobre los escrúpulos*, por Gabriel Quijano, Madrid, imprenta de Joseph Herrera, 1787. *Le fruit de mes lectures. Ou Pensées extraites des Anciens Profanes, relatives aux différents Ordres de la Société, accompagnées de quelques Réflexions de l'Auteur*, Paris, Bastien, 1775, traducido al castellano como *El fruto de mis lecturas, o máximas y sentencias morales y políticas que compuso en francés el P. D. Nicolas Jamin, de la congregación de San Mauro, sacadas de varios autores profanos, a que añadió sus propias reflexiones para instrucción de las personas en sus diversos estados, publícala en nuestro idioma...* Madrid, Viuda del Barco López, 1805.

## 1. LAS INTENCIONES EXPLÍCITAS E IMPLÍCITAS DEL AUTOR

### Estructura y contenido de la obra

El tratado parte de que lo fundamental para el hombre es la salvación de su alma y la lectura ayuda a alcanzar esa meta, pues así como los alimentos saludables son provechosos al cuerpo; los libros nutren el espíritu, de ahí la importancia de diferenciar entre los útiles y los perjudiciales. Con un prólogo y doce capítulos, el tratado está conformado por un discurso principal al que se van sumando ejemplos, anécdotas, digresiones críticas, citas, pasajes de documentos, recomendaciones, hipotéticas objeciones —refutadas y superadas— y resúmenes de las ideas más importantes.

En el prólogo, el autor establece su “marco teórico” partiendo de que la palabra es la imagen del pensamiento, y la escritura se inventó como imagen de la palabra para que el pensamiento sobreviviera a través del tiempo, la distancia y las lenguas mediante los libros. Luego Jamin pasa a explicar el propósito y plan de la obra: Como su objetivo es fomentar la lectura, hablará de su utilidad bajo la premisa de que “nadie ama lo que no conoce”; y dado que en su opinión esta utilidad depende de la forma de leer y de los libros que se leen, propondrá reglas para la conformación de una biblioteca y para leer correctamente, y expondrá las características de los diversos tipos de libros para reconocer sus peligros o beneficios.

Previendo las críticas con que sería recibida por los literatos del siglo, aclara dos aspectos que sabe le serían cuestionados: el estilo y su apego al principio de autoridad. Respecto a lo primero afirma que como está dirigida a los lectores comunes, su intención es *instruir*, por lo que su empeño se enfocó en la *sustancia* y no en “la dicción”, de allí que no recurra a expresiones *bellas*, sino a frases *útiles*. En cuanto a lo segundo reconoce sus deudas intelectuales argumentando con el Eclesiastés que “No hay nada nuevo bajo el sol”. Y en cuanto a sus fuentes admite que prefirió seguir el dictamen de los muertos al de los vivos por no haber superado éstos el tamiz del tiempo que juzga el verdadero valor de una obra; y, aunque recurre tanto a autores canónicos y eclesiásticos como profanos, antiguos y modernos, cita a éstos

para demostrar que sin la luz de la Revelación aportaron testimonios en favor de la moral cristiana, y aunque reconoce que no tienen peso de autoridad, se sirve de ellos como lo hicieron otros.

Por último, confiesa con falsa modestia que no pretende que su obra sea perfecta, e invita a que le señalen sus defectos, siempre y cuando la crítica sea juiciosa, o no la tendrá en cuenta por no perder el tiempo refutando “frioleras”.

## UTILIDAD DE LA LECTURA, LA BIBLIOTECA Y REGLAS PARA UNA CRISTIANA LECTURA

Para el autor (siempre es él de quien hablamos), la lectura debe tener el doble fin de instruir y entretener, y su utilidad es diversa: nutre el espíritu de ideas y conocimientos, distrae de las preocupaciones de la vida, facilita el intercambio intelectual, actualiza el pensamiento de los antiguos, y acerca a la virtud y aleja del vicio. Sin embargo, reconoce que es útil siempre y cuando se elijan los libros adecuados, ya que unos edifican y otros corrompen, por lo que recomienda preferir los que instruyen sobre lo que divierten, aconsejarse de los que más saben sobre cada tema y tener sólo los indispensables, pues diferentes necesidades requieren distintas bibliotecas: las públicas obras diversas; y las particulares las necesarias, ya que insiste en que a diferencia de los filósofos modernos, que querían saberlo todo, sólo se debe saber lo que a cada cual le compete: a los padres de familia enseñarles a sus hijos la religión y las buenas costumbres, por lo que deben acercárseles libros que inspiren sentimientos piadosos y reglen la moral; los ricos podrían añadir algunos de entretenimiento, y los literatos tendrían que contar además con las mejores obras de las materias de su oficio, profesión o estado.<sup>6</sup>

---

6 En el primer caso, recomienda obras como la Sagrada Escritura, libros morales, el catecismo de la diócesis, libros de oraciones, vidas de santos, la imitación de Cristo, etc.; en el segundo obras de historia eclesiástica o profana para entretenimiento; y en el tercero obras de autores antiguos o de ciencias o materias que no sean su especialidad explicadas en compendios.

Enseguida formula las reglas de una buena lectura: empezar por el libro más importante y útil, leer para salvar el alma y no por soberbia, leer en la lengua original del autor o, en su defecto, traducciones fieles y autorizadas; no confiar en la reputación del autor pues sólo los canónicos están libres de errores; no dejarse llevar por el estilo, considerar lo sustancial y perdonar los defectos, no perder de vista el objeto de la ciencia en que se quiere instruir; leer pocos y buenos libros, leer de principio a fin y con lentitud para comprender mejor lo leído, releer y hacer apuntes para retener el conocimiento adquirido; aceptar los propios defectos cuando queden expuestos por la verdad contenida en los libros; no excederse para no perder la atención; escoger la hora adecuada para cada lectura (por la mañana los que requieren de mayor concentración y por la tarde los de entretenimiento o de historia); y leer en voz alta o en silencio según se requiera.

### Tipos de libros

Clasifica los libros en dos de categorías que podríamos interpretar como a partir de la correlación forma-contenido y en función del impacto que pueden tener en el alma del lector. La primera está compuesta por tres tipos: los que enseñan a *bien pensar* y a *bien decir*, es decir, que combinan bondad y belleza; los que enseñan a *bien pensar*, que poseen bondad, y, los que enseñan a *bien decir*, que poseen belleza. Sin embargo insiste en que la verdadera belleza reside en el contenido (la verdad, la bondad) y no en la “dicción”, por lo que sólo recomienda los primeros dos tipos, pero especialmente el primero, que se apega a la máxima horaciana de enseñar deleitando: “Todo lo consigue aquel/que lo útil mezcla y lo dulce,/y a un tiempo al lector/deleita, enseña e instruye” (p. 332).

La segunda categoría está compuesta también por tres tipos: los *buenos*, que conservan la pureza de la fe y la inocencia de las buenas costumbres, útiles y saludables; los *indiferentes*, que aunque respetan la religión y las costumbres e instruyen o entretienen, no acercan a la virtud o alejan del vicio, por lo que deben leerse con prudencia; y los *malos*, que corrompen el espíritu y están prohibidos para los católicos, con excepción de aquellos teólogos que deben leerlos para combatirlos. Cada tipo se subdivide a su vez en otros:

- Buenos:
  - *Canónicos o dogmáticos*: enseñan la doctrina y los dogmas de la fe (Sagrada Escritura, los textos emanados de los Concilios, las obras de los Padres y Doctores de la Iglesia, los catecismos y las apologías de la religión);<sup>7</sup>
  - *Morales o piadosos*: enseñan cómo se debe honrar a Dios y norman las buenas costumbres,
  - *Historia eclesiástica*: refuerza la fe mediante pasajes de la vida de la Iglesia militante o triunfante, de los santos o ejemplos de la práctica de las virtudes cristianas.
- Indiferentes:
  - *Historia profana* (de imperios, provincias, ciudades, hombres ilustres o viajes): da cuenta de la experiencia humana, evidencia la inconstancia y fugacidad de la vida, y enseña sobre el espíritu humano y las sociedades;
  - *Ciencia* (física, matemáticas, medicina, navegación, comercio, etc.);
  - *Entretenimiento* (poesías, romances, diarios, etc.).
- Malos:<sup>8</sup>
  - *Lascivos o libertinos*: corrompen las buenas costumbres (poesías, romances, obras de teatro, novelas, etc.);

---

7 De estas últimas recomienda las obras del abate Trubulet, los libros del Sr. Bergier (*Apología de la religión cristiana contra Boulanger*), los escritos del Sr. Frazois, (*La prueba de la religión de Jesé Christo, La defensa de la religión, el Examen de los hechos que sirven de fundamento a la religión Cristiana, Las observaciones sobre el Diccionario filosófico, y la Filosofía de la historia*), las del Sr. Le Franc, obispo de Puy (*La incredulidad convencida por las profecías, la Instrucción pastoral sobre la pretendida filosofía de los incrédulos modernos, y La religión vengada de la incredulidad, por la misma incredulidad*), las del abate La Masson (*La filosofía juzgada en el tribunal de la razón y El Conde de Valmont, o los extravíos de la razón*), las del abate Guion (*El oráculo de los nuevos filósofos*), del abate Nonotte (*Los errores da Voltaire*), del abate Gene, y su propia obra *Pensamientos teológicos...* pp. 273-275.

8 Gran parte de los apartados dedicados a este tipo de libros transcriben pasajes de las leyes (naturales, divinas y humanas) que los proscriben, y comentarios de autores paganos e incluso de “filósofos modernos” que los repudian. Es interesante su opinión de que el teatro había perdido la virtud de reformar las costumbres.

- *Difamatorios*, atentan contra el honor de comunidades o particulares (sátiras); *Herejes*: contienen opiniones contrarias a los dogmas de la Iglesia;
- *Impíos*: difunden la nueva filosofía que duda de las verdades de la fe, niegan la existencia de Dios o sus atributos, cuestionan la legitimidad de los monarcas, desacreditan a la Iglesia y sus representantes y corrompen las buenas costumbres. Son blasfemos y no deben leerse bajo ninguna circunstancia.

Y, dado que los malos libros eran los que seducían más a los lectores, el autor refuta las posibles excusas que pudieran oponerse para leerlos,<sup>9</sup> además, para cada tipo de obras propone criterios<sup>10</sup> para

---

9 Todo libro trae alguna cosa buena > afectan más de lo que instruyen; el estilo enseña a bien hablar > de nada sirve aprender a bien hablar aprendiendo a mal pensar; enseñan buenos modales > lo importante son los asuntos del alma y no los del mundo; hay que divertirse también > hay libros que divierten pero también instruyen; hay que juzgar por sí mismo y conocer el error para no caer en él > las personas adecuadas deben encargarse de ello; hay que estar al tanto de lo que se discute para estar a la moda > hay que quedar bien con Dios y no con el mundo: se puede guardar silencio sobre ciertos temas y no es necesario leerlos para despreciarlos; los escriben hombres de talento, respetables y con puestos o dignidades > no son razones suficientes; se tiene la suficiente fe como para leerlos sin peligro > se puede caer en la seducción.

10 Para los *canónicos o dogmáticos* recomienda atenerse a la interpretación que autoriza la Iglesia: “La religión cristiana no es una filosofía, en la qual sea permitido introducir nuevas opinión, y nuevos sistemas” (p. 263); reconocer cuando un pasaje no se entiende, respetar con discernimiento a los autores eclesiásticos, no confundir los dogmas con los argumentos o pruebas que se alegan para demostrarlos o con la opinión del autor. Para los *piadosos*, distinguir entre los verdaderos y falsos libros de piedad, y leer para reconocer y enmendar los propios defectos y no para señalar los del prójimo. Para los de *historia eclesiástica*, discreción en la lectura de vidas de santos pues el celo de los autores puede llevarlos a incluir pasajes fabulosos o falsos milagros. Para los de *Historia profana* tener cuidado a la hora de preferir a un autor contemporáneo a los hechos que se refieren o a uno posterior, pues es dudoso cuál es mejor; no juzgar la historia antigua por la moderna, remitirse a las obras originales si se es especialista y si se es aficionado a los compendios hechos por autores reconocidos, y cuidarse de las obras escritas con estilo romanesco porque divierten pero poco instruyen ya que no se apegan a la verdad: “El público, dicen, no pretende sino divertirse con ▶

realizar una crítica de la fuente, de entre los cuales es posible sistematizar aquellos de los que participan todos: leer conforme a las propias capacidades, circunstancias e intereses, escoger los libros siguiendo el consejo de los que más saben sobre cada tema, indagar la vida y contexto del autor y no dejarse llevar por su puesto, dignidad o calidad; constatar su imparcialidad respecto a lo que escribe, leer las obras en su lengua original o en la traducción autorizada más exacta, diferenciar auténticas de las atribuidas o dudosas, ubicarlas en el contexto de la producción total del autor, identificar el objetivo por el que fueron escritas, y distinguir lo incidental de lo fundamental sin dejarse seducir por el estilo.

### Apología de la religión y crítica a la literatura francesa del siglo XVIII

Ahora bien, aunque el objetivo explícito del *Verdadero antídoto...* es proponer al lector cristiano un tratado sobre la lectura, está escrito desde una postura antifilosófica que convierte al benedictino en un apolo-gista de la religión y, por tanto, en un acérrimo crítico de las ideas ilustradas. Y esta postura es evidente en la forma en que se refiere a los autores de los malos libros a partir de epítetos como “bellos espíritus”, “espíri-tus fuertes”, “secta orgullosa”, “secta impía y audaz”, “nuevos apóstoles”, “apóstoles de la irreligión”, “pretendidos escritores”, escritores “temerarios” o “libertinos”, “sabi-hondos de nuestro tiempo”, y “pretendidos filósofos”, o “filósofos “modernos”, “del siglo”, o “del día”, entre los que incluye a Voltaire, Bayle, Rousseau y Holbach. Y aunque es en el apartado sobre los libros impíos en donde los critica con mayor énfasis, toda la obra contiene opiniones, comentarios o pasajes en el mismo sentido.

Los libros impíos, libertinos y difamatorios, le parecen peligrosos por divulgar ideas contrarias a la religión, el sistema político y las buenas

---

esta lectura; pues ¿para qué se ha de cansar más el autor, si logra ese fin?” (pp. 314-315). Para los *científicos*, no leer todos los libros de la ciencia que se cultiva ya que algunos contienen proposiciones impías; y para los de *entretenimiento*, pide discreción en la elección, ya que no todos son inocentes, y preferir los que instruyan.

costumbres, y por atacar a la Iglesia y sus representantes. Pero, ¿qué es concretamente lo que considera más nocivo de ellos? Lo explica en el siguiente párrafo:

Un elogio excesivo de la razón, como si fuera la regla única y soberana de todas las verdades que el hombre puede conocer: un desprecio [...] por la revelación y la fe, que se representan [...] como el sepulcro del buen juicio, [...] una incredulidad monstruosa de los hechos mas demostrados, y una credulidad ciega por los que parece impugnan la religión; unos sofismas capciosos, a los cuales se ha respondido cien veces, y cuyas respuestas se disimulan: un estilo insidioso y falaz, y un tono decisivo en producir las paradojas más absurdas; dudas afectadas sobre las verdades capitales, [...] declamaciones indecentes, propias del lenguaje de los Hallés, contra los Sacerdotes y los Religiosos; un convite general a gustar de los deleites de los sentidos, en los cuales colocan la felicidad del hombre; y en todo un ayre de satisfacción sin probar nada, a lo menos de modo que satisfaga. (p. 176).

Por tanto, su principal preocupación se centró en el aspecto religioso, y se funda en la supremacía que se le dio a la razón por encima de Dios, que derivó en la negación de su existencia (ateísmo) o el desconocimiento de sus atributos (deísmo), e instauró una filosofía secular que promovía la duda y la incredulidad. Esta postura le parece peligrosa además porque se convirtió en una “moda”, al grado de que los escritores querían ser considerados “filósofos”, título que adquirirían cuando atacaban públicamente la religión. “Un libro —dice— no tiene salida ni aprecio, si el autor no da a entender con algunos rasgos libertinos que hace profesión de incredulidad” (pp. 52-53). El “escribir filosóficamente” socavaba la verdad de la Revelación y cuestionaba los dogmas de la Iglesia, como la existencia de la vida eterna, trasladando la preocupación por el más allá, a una atención por la vida presente y lo terrenal:

[...] no se piensa hoy en día —se queja— sino en la ciencia de la naturaleza, y no se ahorra trabajo alguno para penetrar su profundidad, y descubrir todos sus senos. [...] Pero se descuida sumamente en adquirir la ciencia de su autor, que es la sola necesaria; pues nosotros no habitamos

*Leer en tiempos de la Colonia...*

la tierra para ser Físicos, Matemáticos, u Astrónomos, sino para servir a Dios, y merecer con la fidelidad de su servicio la dicha de poseerlo eternamente” (pp. 322-323).

Esta postura ofrecía además la posibilidad de una felicidad más tangible que consistía en la satisfacción de las necesidades humanas, a la que el autor denuncia como una forma de acallar la conciencia olvidándose de la salvación del alma:

[...] se esfuerzan a probar que la felicidad soberana del hombre consiste en los deleytes de los sentidos, que para sufocar en él los justos remordimientos de una conciencia consternada del temor de los juicios de Dios, le dicen que todo acaba con la muerte del hombre; que otra vida es una quimera; y que el hombre quedará como si jamás hubiera existido, &. (p. 205)

Y esto se vinculaba con otro asunto no menos peligroso: la falsa erudición. Gracias a la razón, el hombre pudo penetrar los secretos de la naturaleza y despertar su deseo por saberlo todo. Para el autor, la búsqueda de un conocimiento universal es un acto de soberbia y una fantasía que conduce al extremo opuesto: el conocimiento superficial, pues “El que todo lo quiere saber, nada puede profundizar” (p. 37). Y señala los diccionarios y la *Enciclopedia...* como ejemplos, pues prometían ese conocimiento universal, pero sólo brindaban información como para hablar superficialmente de todo, fomentando entre los lectores incautos la falsa erudición, al hacerles creer “que todo lo saben, al paso que todo lo ignoran” (pp. 38-39):

[...] si se considera quiénes son aquellos que la ciencia ensorbece e hincha, se conocerá que este orgullo sólo se apodera de aquellos cuyos conocimientos son limitadísimos, como son los Sabiondos, cuya cofradía está tan extendida en estos tiempos, en virtud de los Diccionarios. [...] por lo regular cree que sabe lo que no sabe: habla, decide, y dogmatiza sobre lo que ignora, cómo hablaría un ciego de los colores que jamás ha visto. [...] entrad en las concurrencias del mundo profano, escuchad el tono decisivo con que estos Doctorcillos cortan y rajan sobre las materias

que menos entienden, y veréis lo que deliran, y los absurdos que cometen; pero no os admiréis de esto, porque es efecto de la ignorancia [...] (pp. 16-18).

Contra esta actitud propone leer pocos y selectos libros para comprenderlos, y no confundirse con la lectura de muchos y sobre temas diversos. Para él, cada cual debe saber sólo lo que le compete, pues nada hay más ridículo que “echar a un lado los libros de su profesión, para darse a las lecturas extrañas: esto es dexar lo principal por lo accesorio” (p. 321).

Otro asunto que también le parece peligroso es el de la libertad de pensar y, por tanto, la búsqueda de originalidad y singularidad que se opone al principio de autoridad, que servía de freno contra los excesos, pues no someterse a éste implicaba que nada quedaba a salvo de ser cuestionado, y eliminaba los temas, autores o espacios “intocables” (p. 179). Los filósofos, que defendían el uso de la razón, la propia opinión y la originalidad de ideas, pretendieron cuestionar y juzgar todo por sí mismos, por lo que consideraron falta de talento el apoyarse en las ideas de otros. Sin embargo, para el autor la originalidad no existe, por lo que le parece soberbia y deshonestidad creer que lo que se escribe es propio y no admitir las deudas literarias (p. 63), ya que si se separara de sus obras lo que tomaron de las ideas de otros, sólo quedaría “un esqueleto” (p. LXVI). En cuanto a la singularidad, se burla de los “espíritus fuertes” a los que no les parece “bien visto confundirse con la multitud” y se lamenta de que “Los caminos trillados por los antiguos están abandonados por sus nietos, y las ideas comunes se ha[ya]n hecho fastidiosas” (pp. 182-183).

Y como para difundir la nueva filosofía los ilustrados se valieron de la literatura, su otra preocupación tiene que ver con lo que considera su decadencia y los cambios en el proceso que iba de la escritura a la lectura.

Aunque reconoce que la imprenta es un invento útil, juzga que su función se distorsionó por la codicia de los impresores, que pervirtieron la ética para obtener mayores ingresos, publicando textos sin importarles su calidad o si perjudicaban espiritualmente al lector. Para él, la mayoría de las obras no tenían calidad como para sobrevivir el

paso del tiempo, lo cual había dejado de tener importancia en un contexto en el que el mercado estaba dirigido a un público preocupado por lo inmediato, por lo que estaba condicionado por las disputas del día y la moda.

También le preocupaba que a través de las publicaciones periódicas, los “diarista” se convirtieran en líderes de opinión a través de una crítica literaria tendenciosa, partidista e injusta, pues en un contexto de disputas literarias que enfrentaban a los apologistas de la religión y los filósofos, ésta cobraba gran relevancia en la conformación de una opinión pública. Distingue entre la “juiciosa”, que mira la obra y no al autor, es imparcial, señala tanto lo bueno como lo malo y está motivada por el amor a la verdad (pp.49-50); y la injusta, envidiosa y amarga (p. 48, 67-68), y parcial, porque estaba motivada por la pasión y el interés, y se hacía al calor de las disputas y sin tomar distancia sobre las obras,<sup>11</sup> por lo que se debían tomar con prudencia sus juicios, pues una misma obra podía ser elogiada por unos “y censurada y despreciada por otros” (pp. 317-318):

[...] no se dexé sorprender por los elogios que dan en sus folios periódicos a ciertos libros modernos; pues no es siempre el amor por la verdad lo que les mueve a ello: la calidad de la persona del autor, es la que por lo común los determine en favor o contra su producción literaria. Si es hombre de quien se puede esperar o temer, como son los ricos y los grandes, son pródigos en los elogios, ensalzan, con el mayor exceso, los mejores pasajes del libro; y no toca jamás los pasajes de poca monta, y menos los malos: pero el escritor es un hombre común, y no está sostenido por algún partido, despliegan contra él todas las velas de la crítica. Si la obra es excelente, puede contentarse el autor con que hablen de ella con modestia: pues será mucho si no hablan mal o le echan algún repulgo. Yo he oído a muchos quejarse de haber sido engañado por los escritores

---

11 “No saben apreciar cómo se debe a un autor vivo: parece que esto está reservado a la posteridad que juzga desinteresadamente. ¿Cuántas obras celebradas y ponderada en los papeles periódicos se perderán con el tiempo mientras que otras, obligadas a conservar la obscuridad por el espíritu de partido, parecerán con honor sobre el teatro literario?” (pp. 67-69).

periódicos, y sentir mucho el dinero que habían gastado en la compra de ciertos libros, a que los elogios que les daban le empeñaban a comprar. (pp. 48-50)<sup>12</sup>

Para el benedictino la decadencia de la literatura era producto de la transformación del oficio de escritor: En primer lugar porque pasó del ascetismo recomendado por Séneca a buscar su felicidad terrenal, quedándole poco tiempo para el estudio y la escritura. En segundo, porque escribir se convirtió en un medio de vida y los libros en una mercancía, lo cual demeritó su calidad y aumentó la oferta con el fin de incrementar los ingresos. En tercero, porque el mérito y sabiduría de un escritor no se medía ya por la calidad de sus libros, sino por el volumen de su producción y la variedad de asuntos, con lo que se perdió la profundidad en el tratamiento de los temas (pp. 28-29), y la rigurosidad, ya que solían estar afiliados a un grupo, y se volvieron menos escrupulosos para exponer la verdad:

El que no escribe sino para vivir, como poco escrupuloso en el examen de los hechos, no tiene otro fin que multiplicar los libros; y queda muy satisfecho, con tal que su obra se venda bien. Pero el que sigue por preocupación una secta o partido, se ve como naturalmente inclinado a alterar los hechos que pueden perjudicar a su partido, y a referir otros que le pueden favorecer, sin pararse a examinar si son, o no supuestos. (p. 312)

La conjunción de factores como el incremento del comercio de libros basado en el lucro, el desordenado deseo de conocimiento, la búsqueda de una felicidad basada en lo sensorial, y la moda de *escribir filosóficamente*, propiciaron que los libros fomentaran las malas inclinaciones naturales del lector, al que sedujeron a través de las pasiones (p. 199). El lector se convirtió entonces en un “devorador de libros”, presa fácil de los filósofos, ya que impulsado por la curiosidad leía obras que le generaban dudas, de las que pasaba a la impiedad y la irreligión, con lo que se cerraba un círculo vicioso que iba del escritor al impresor y de éste al lector, que es precisamente el que pretende

---

12 Otro ejemplo pp. 67-69.

romper con su *Tratado*. ... educando al lector: “No haya lectores, —dice— y no habrá escritores, pues no se escribe, ni se imprime sino para que se lea” (p. 213).

Y culpa al estilo en el que estaban escritas las obras de una parte importante de esa seducción. A falta de razones y materia (pp. 293-294), ese estilo “puro y elegante” y ejemplo del “buen decir”, que halagaba la imaginación y seducía el espíritu, pasó a serlo todo, pues poco importaba que el contenido fuera “verdadero o falso, religioso o impío” con tal que estuviera “bien dicho” (p. 328):

[...] Quieren aniquilar la Religión Christiana, y levantar sobre sus ruinas los sistemas impíos. ¿Pero cómo se ha de conseguir? Recurriendo a los artificios, en defecto de razones. Se habla en un tono decisivo y dogmático, el qual debiendo ser el fruto el convencimiento, no es en estos nuevos Apóstoles sino el efecto del engaño y de la mala fe. Se adoptan las bellas frases y los discursos compuestos, como verdaderos modos para engañar a los ignorantes, que son siempre superficiales en sus juicios: mas la lectura de los buenos libros abre los ojos de los lectores, para que vean los lazos del seductor, y los eviten. (p. 21)

Y para desengañar a los lectores incautos, propone la imagen de ese estilo como “un veneno [que] se oculta baxo la miel, y la serpiente debaxo de las flores” (p. 35, 290), un veneno “que se toma como “la bebida más saludable” (p. 115) o un “anzuelo de oro en una agua cenagosa y turbia” (p. 110), por lo que pide desconfiar de quienes lo usan, pues “se debe temer que sacrifique[n] la verdad al deseo de agradar” (p. 315). Y esta imagen no deja de ser interesante, ya que sirvió a muchos autores piadosos de los siglos XVII y XVIII para lo contrario: hacerle al lector más dulce una información amarga pero útil, “dorándole la píldora”.

Apoyándose en San Agustín argumenta que el estilo es algo “accesorio”, un “adorno”, una “corteza” que cubre lo verdaderamente importante y bello que es la verdad (pp. 45, 184), pues una obra es buena cuando instruye e ilustra el espíritu y reforma el corazón, y el estilo es un “vestido” o “máscara” que igual puede cubrir “los mayores absurdos y a las blasfemias más horribles” (pp. 293-294); e insiste en que

lo importante es lo que la obra deja de enseñanza y no el cómo está escrita (pp. 63-64) y que el gusto por el estilo

se debe dexar para los puristas, y para otros hombres frívolos, que mas se pagan de la dicción, que es nada, que del pensamiento que es lo que constituye la substancia de una obra. (p. 269)

Y para aquellos que se quejan de que los buenos libros no suelen estar escritos en un estilo agradable, explica que se debe a que sus autores “se detienen más en la substancia, que en la dicción” o son hombres piadosos que buscan “la salvación de su prójimo”, por lo que deben excusarse sus defectos, pues “no es la hermosura del estilo lo que debemos buscar [...] sino la verdad para que dirija nuestros pasos en el camino de la eternidad” (pp. 293-294).

Pero, ¿cómo fue que un texto concebido para afrontar una problemática de la Francia de fines del siglo XVIII se tradujo al castellano y se imprimió en España?

## 2. LAS PREOCUPACIONES DEL TRADUCTOR

Ignoramos cómo y cuándo llegó el *Traité de la lecture chrétienne...* a la Península, pero sabemos que su traducción salió de la imprenta diez años después de la primera edición francesa y que las ideas ilustradas penetraron y se difundieron<sup>13</sup> en España pese a la oposición de los tradicionalistas, quienes criticaron a sus promotores, los reformadores o “afrancesados”, por lo que las condiciones estaban dadas para que la obra de Jamin tuviera utilidad o eco.

---

13 A través de los españoles que viajaron por el extranjero y los extranjeros que recorrieron o vivieron temporalmente en el país, la correspondencia personal, y a través de actitudes o conversaciones de personas comunes que propiciaron cambios en las ideas, las técnicas de producción, el comercio, las modas o las costumbres; los programas de reforma de los ministros extranjeros de Carlos III, y los libros prohibidos que se introdujeron de manera clandestina y circularon a través de préstamos o extractos manuscritos pese a las prohibiciones inquisitoriales. *Cfr.* Jean Sarrail, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* de, México, FCE, 1981, (Sección de obras de Historia).

Pocos datos hay sobre el traductor, don Gabriel Quijano, salvo que también era benedictino, y que tradujo tanto el *Verdadero antídoto...* y las *Conversaciones entre Placido y Maclovio sobre los escrúpulos*, ambas del autor francés, como unas *Epístolas de San Pablo apóstol parafraseadas*, publicadas en Madrid en varias ediciones;<sup>14</sup> así como que fue autor de un texto titulado *Vicios de las tertulias y concurrencias del tiempo...*<sup>15</sup> que critica la moda de los cortejos, por lo que podríamos concluir que también fue un antifilósofo.

Ahora bien, aunque sería lógico suponer que Quijano compartía la preocupación de su compañero de orden por la difusión de los malos libros como para haber traducido y publicado su *Tratado sobre la lectura cristiana...*, su interés estaba enfocado en una discusión un tanto distinta que quizá lo afectaba de manera personal, en la cual el libro de Jamin representaba uno de los argumentos de su defensa. Intentaremos explicar esta idea:

Quijano inicia su prólogo reconociendo el esfuerzo del autor francés por “persuadir y fomentar la lectura de los buenos libros” y apartar “de la de los malos, mayormente de los impíos y libertinos”, pero desvía su reflexión hacia un aspecto más radical de un tema que, si bien es abordado por Jamin, no es el eje principal de su discurso: el carácter subversivo de los malos libros que debería obligar a los monarcas a prohibirlos y castigar a sus autores, porque trastornaban el orden público impugnando la religión, cimiento del Estado:

[...] de ningún modo se pueden permitir en un Estado, por dirigirse al trastorno de la Religión, que es la basa de los reynos, y oponerse a la paz y la tranquilidad pública, que los magistrados deben mantener: [...] pues la experiencia nos enseña que la tolerancia de estos [ateístas] ha sido la polilla de los reinos, por haber introducido la irreligión, que es la que

---

14 La tercera edición, de 1787, se publicó en la misma imprenta en la imprenta donde se publicó la obra que venimos analizando.

15 *Vicios de las tertulias y concurrencias del tiempo; excesos y perjuicios de las conversaciones del día llamadas por nuestro nombre Cortejos; descubiertos, demostrados y confutados en seis conversaciones entre un eclesiástico y una dama, o señora distinguida* (Barcelona, Eulalia Piferrer viuda, 1785).

destierra la obediencia y la sumisión del corazón de los vasallos. Por esto, muchos doctos, aun entre los heterodoxos, han sido de parecer que cualquier gobierno debe armarse contra los que impugnan la religión, como contra sus mayores enemigos [...] (p. III)

Sin contextualizar la problemática española respecto a la entrada de libros impíos, ni justificar su traducción, Quijano se aparta del asunto que preocupaba al francés para hacer su propia apología de la religión abordando un aspecto no desarrollado por Jamin: la crítica a los eclesiásticos, a partir de argumentos poco convencionales, como que la razón por la que los “ateístas, deístas y naturalistas” negaran la existencia de Dios, criticaran la religión y creyeran que el más allá sólo existía “en la imaginación de los cobardes y los pusilánimes” (pp. XIV-XV),<sup>16</sup> era porque querían vivir en pecado sin consecuencias:

[...] quieren vivir a sus anchas; pero como no puede ser sin negar la existencia de Dios, y dar por el pie a su religión, se determinan a negarlo por esto: no puede negarlo sino quien tiene interés de que no exista: por lo qual pasan al ateísmo: [...] Y así no hacen guerra [...] a la religión porque estén persuadidos de lo que dicen, sino porque quieren ser malos impunemente. (p. XI)

---

16 Quijano parece ver en las ideas de los ilustrados una especie de mundo al revés que identifica con los postulados de Maquiavelo, al que en diversas obras españolas y novohispanas se le define como Marcialidad, y en el cual los vicios son asumidos como virtudes: “el robo es una industria, el engaño sagacidad, el homicidio un derecho, el juramento necedad, que las leyes, aún las más sagradas, no comprenden sino a los cobardes, y que quando el golpe es oportuno lo debe dar el hombre sabio, y aun quitar el cetro al Soberano.” (p. VII). Otro ejemplo p. XXXIV. Cfr. Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos del XVIII en España*, Madrid, Siglo XXI de España, 1972, 273p. *El siglo ilustrado. Vida de don Guindo Cerezo, nacido, educado, instruido, sublimado y muerto según los lucos del presente siglo, que para seguro modelo de las costumbres dio a luz don Justo Vera de la Ventosa (1776)*. Manuscritos pertenecientes al Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, núm. 52, incluido en “Papeles varios”, fojas 57-91 y núm. 1601 (borrador) [sic] 86 fojas. En la recopilación de sátiras hechas por Miranda y Casanova se incluyen varios poemas que hablan de la marcialidad: *Sátira anónima del siglo XVIII*, presentación y selección de José Miranda y Pablo González Casanova, México, FCE, 1953, (Letras mexicanas núm. 9).

O que la razón por la que autores como Montesquieu, Bayle, el marqués de Argens, Rousseau y Voltaire criticaron a los eclesiásticos sobre sus rentas y riquezas, el ocio, el celibato y la supuesta oposición al desarrollo de la ciencia, las artes y la agricultura, era la envidia y la mala voluntad (p. XLX) ya que los veían como los censores de su mala conducta, por lo que querían “acabar con ellos” (p. XLVI).

Y no es sino hasta que “comprueba” la verdad de la religión estableciendo la historicidad y por lo tanto la verdad de la Biblia, cuando refuta dichas críticas, pero, sobre todo, demuestra la utilidad de que los eclesiásticos hacen al bien común y por lo tanto justifica la obligación del Estado de defenderlos y mantenerlos, que retoma el asunto de los malos libros, concluyendo que no debía permitirse su entrada a España en beneficio no tanto de la salvación del alma de los individuos, sino de “la paz”, aunque también de “la pureza en las costumbres y en la religión” (pp. LVII-LVIII).

Pero ¿por qué pasó esta traducción a Nueva España y llegó a Zacatecas?

### 3. LA RECEPCIÓN DE DOS POSIBLES LECTORES NOVOHISPANOS

Ignoramos también cómo y cuándo llegó a México o Zacatecas el *Verdadero antídoto...*, aunque debemos suponer que debió ser uno o dos años después de 1784. En cambio sabemos que las ideas ilustradas<sup>17</sup> arribaron hacia mediados del siglo XVIII durante las reformas

---

17 Hay muchos autores que han abordado este tema, mencionamos aquí sólo a unos cuantos de los consultados: Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez, “La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808”, en *Historia general de México/2*, pp. 187-301; Monelisa Pérez Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, México, El Colegio de México, 1945; Pablo González Casanova, *El misonéismo y la modernidad cristianas en el siglo XVIII*, México, El Colegio de México, 1948; Juan Pedro Viqueira, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, FCE 1987, (Obras de Historia); Pablo González Casanova, *La literatura perseguida durante la crisis de la colonia*, México, SEP, 1986, (Cien de México); *Sátira anónima del* ►

borbónicas<sup>18</sup> con los delegados de la corona y sus acompañantes (sastres, peinadores, cocineros, valets) quienes las difundieron a través de conversaciones, tertulias, costumbres, actitudes, y modas; que los jesuitas tuvieron también parte en su difusión, pues hasta antes de su expulsión introdujeron tanto teorías y métodos de autores extranjeros como el estudio de la física experimental, el desarrollo del eclecticismo, la crítica al método escolástico y la adopción de nuevas orientaciones metodológicas en la filosofía y la enseñanza.<sup>19</sup>

Aunque el factor determinante fue el relajamiento del sistema inquisitorial, que permitió que durante la segunda mitad del siglo el comercio y la circulación clandestinos de libros se intensificara.<sup>20</sup> Asimismo sabemos que Zacatecas no se mantuvo ajena a esta situación<sup>21</sup> por lo que las condiciones estaban dadas para que una obra como el *Verdadero antídoto*... le fuera útil a alguien, y su presencia en una biblioteca conventual sugiere que quizá fue adquirida para servir a algún fin didáctico, como advertir a los feligreses a través de sermones sobre los peligros de las lecturas impías, aunque no tenemos manera de probarlo.

---

*siglo XVIII*, presentación y selección de José Miranda y Pablo González Casanova, México, FCE, 1953, (Letras mexicanas núm. 9); *Catálogo de textos marginados novohispanos. Inquisición: siglos XVIII y XIX Archivo General de la Nación (México)*, María Águeda Méndez, et al., México, El Colegio de México-AGN-INBA-UNAM, 1993.

18 Resumiendo lo dicho por Brading (*Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, 1975) y Enrique Florescano “La época de las reformas borbónicas” en *Historia General de México*, 1977) Viqueira enumera las siguientes modificaciones: “reorganización del sistema hacendario, fomento a la minería, creación de las intendencias, expulsión de los jesuitas, enajenación de los bienes de la Iglesia, libertad de comercio, supresión de los alcaldes mayores, creación de un ejército regular, multiplicación de trabas a la industria novohispana, etcétera”. *Op. cit.* pp. 18-19. Enrique Florescano señala que esta reorganización se encaminó a favorecer la economía de la metrópoli y la recuperación del monopolio político, Florescano, *op. cit.*, pp. 187-301.

19 Florescano, *op. cit.*, pp. 296-298.

20 Monelisa Pérez Marchand, *op. cit.*, *passim*.

21 Martín Escobedo Delgado, “Textos y lecturas en Zacatecas: Una historia de restricciones transgredidas y libertades restringidas”, en *Estudios de Historia Novohispana*, enero-junio 2003, pp. 61-75, consultado en Internet; [http://www.ejournal.unam.mx/historia\\_novo/ehn28/EHNO2803.pdf](http://www.ejournal.unam.mx/historia_novo/ehn28/EHNO2803.pdf)

Al igual que en España, un sector de la población estaba preocupado por la difusión de obras e ideas impías, y eran conscientes de la importancia y utilidad de los libros y la lectura para contrarrestar esta “plaga”, sin que podamos asegurar si sus ideas fueron tomadas de la obra de Jamin o de otras parecidas, o provenían de la lectura de las mismas fuentes u otras anteriores. Por ejemplo, en la censura al libro *La portentosa vida de la Muerte*, escrita en Zacatecas por fray Joaquín Bolaños y publicada en México en 1792, el censor, fray Ignacio Gentil, reconoce el celo del autor por recordar a los hombres la muerte y sus consecuencias, en un contexto en que preferían olvidarla para dedicarse a buscar la felicidad terrena, y justifica su esfuerzo citando un pasaje de la asamblea del clero galiciano de 1765, donde censura las obras que difundían ésta y otras ideas impías.<sup>22</sup> Exactamente el mismo pasaje que Jamin incluye en su tratado ¿coincidencia, o cita sin reconocimiento de la fuente? Es difícil decirlo, aunque es muy probable que un censor de libros tuviera a la mano una obra como la suya.

Por otro lado, si el *Verdadero antídoto...* se encontraba en la biblioteca del Colegio de Guadalupe es muy posible que Bolaños, que vivía allí, lo conociera, e incluso que haya influido en él para concebir un libro como *La portentosa vida de la Muerte* que precisamente se proponía contrarrestar algunas ideas impías y se apegaba a sus propias reflexiones sobre la función de los libros y la lectura,<sup>23</sup> por cierto muy similares a las de Jamin, a quien sin embargo no cita, aunque comparten una fuente: Séneca.

---

22 Fray Joaquín Bolaños, *La portentosa vida de la Muerte*, México, Herederos de Joseph de Jáuregui, 1792, páginas preliminares, Cfr. Terán Elizondo, Ma. Isabel, *Los recursos de la persuasión. La portentosa vida de la Muerte de fray Joaquín Bolaños*, Zamora, El Colegio de Michoacán-UAZ, 1997, (Colección Investigaciones).

23 *Salud y gusto para todo el año o Año josefino, a los fieles que gustan leer las virtudes y excelencias con que Dios favoreció a su putativo padre y purísimo esposo de su Santísima Madre, el Santísimo Sr. San Joseph, y que en su favor buscan salud y remedio a todas sus necesidades con doctrinas morales y ejemplos, un ejercicio espiritual y breve deprecación al santo para cada día*, vol. 3, México, Herederos de Joseph de Jáuregui, 1793.

Como ya hemos hablado en otro trabajo sobre este asunto,<sup>24</sup> sintetizamos las ideas del franciscano contrastándolas con las del autor francés. Bolaños distingue tres tipos de lectura: por pasatiempo, para presumir y la que tiene por objeto extraer de los libros su utilidad para el provecho espiritual, en tanto que Jamin sólo habla de una, aunque entre sus reglas para la lectura correcta incluye el no leer por soberbia y leer para aprender, no para divertirse. Ambos coinciden en que la lectura debe ser reflexiva y sobre pocos libros, aunque Bolaños traduce esta idea en una imagen sugerida por Séneca: la abeja, selectiva e industriosa, simboliza la forma correcta de leer, pues del polen de ciertas flores (los buenos libros), al ser procesado (lectura reflexiva), produce miel (alimento espiritual); en cambio, la mosca, inconstante y superficial, representa la forma incorrecta de leer de los lectores que leen muchos y diversos libros sin extraer nada bueno de ellos.

Para ambos la virtud de los libros reside en su utilidad, pues enseñan verdades y desengañan; es decir, alimentan el espíritu. Utilizando otro recurso visual Bolaños explica su utilidad proponiéndolos como portadores de un tesoro al cual se accede mediante la lectura, cuya forma correcta es descrita de manera muy similar a como la propone el benedictino: lenta, cuidadosa, reflexiva y asimilativa, por lo que requiere de tiempo. Para Bolaños los buenos libros —los únicos a los que se refiere—, tienen una función parecida a la de los predicadores, pero con la ventaja de que mientras la palabra se olvida, la escritura perdura. Idea clave en la obra de Jamin. Por último, Bolaños comparte con el autor francés el respeto por el principio de autoridad y la idea de que el estilo es lo de menos en una obra, pues lo importante es el contenido y el celo de su autor por la salvación del lector.

De lo dicho, resulta evidente que ambos autores tienen ideas muy similares, sin embargo es difícil decir si el hecho de que lleguen a conclusiones parecidas es producto de la influencia de uno sobre otro, o

---

24 María Isabel Terán Elizondo, “La literatura y los libros en la opinión de dos autores novohispanos de finales del siglo XVIII”, en Mariana Terán Fuentes y Genaro Zalpa Ramírez (coord.), *La trama y la urdimbre. Ensayos de historia cultural*, Zacatecas, UAZ, 2005, pp. 25-46.

consecuencia de factores diversos que les eran comunes como la educación, el contexto, las fuentes, etcétera.

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

De la reflexión anterior podemos rescatar tres cosas: 1) que aunque se propone como un tratado de la lectura, la verdadera intención de la obra de Jamin es hacer una apología de la religión y una crítica antifilosófica; 2) que más que por la penetración de ideas impías, el traductor estaba preocupado por un asunto político: que los cuestionamientos a los privilegios de los eclesiásticos que propagaban tuvieran algún eco en España, por lo que los refuta advirtiendo al Estado sobre el importante papel que jugaban en la estabilidad del orden público; y 3) que la presencia del *Verdadero antídoto...* en una biblioteca conventual de Zacatecas responde quizá a una necesidad de carácter didáctico.

Ahora bien, aunque ignoramos el impacto real que tuvieron la obra de Jamin en Francia y la traducción castellana en España, suponemos que ambas debieron tener críticos y seguidores, o por lo menos que otros autores estaban preocupados por los mismos problemas, como en el caso español Cadalso, quien escribiera en 1772 *Los eruditos a la violeta*<sup>25</sup> para denunciar los falsos sabios de los que se queja Jamin. En cuanto a su impacto en la Nueva España, podemos imaginar que es posible que fuera un texto conocido por los censores de libros y que quizá influyó en las reflexiones de Bolaños sobre los libros y la lectura, así como para elaborar su *La portentosa vida de la Muerte*, que tuvo amplia difusión tanto por mérito propio, como por la publicidad negativa que

---

25 José Cadalso, *Eruditos a la violeta, ó curso completo de todas las ciencias dividido en siete lecciones para los siete días de la semana, compuesto por José Vázquez, quien lo publica en obsequio de los que pretenden saber mucho estudiando poco*, Madrid, imprenta de don Antonio de Sancha, 1772, Biblioteca Cervantes virtual [http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02493175211460384122202/p0000001.htm#I\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02493175211460384122202/p0000001.htm#I_1_).

le hizo José Antonio de Alzate al criticarla desde su *Gacetas de literatura*.<sup>26</sup>

Por otra parte podemos afirmar también que muchos de los aspectos analizados por Jamin estuvieron presentes en las discusiones literarias que se ventilaron en los papeles periódicos de la época: la justicia o injusticia de la crítica, la calidad de las obras, su utilidad, el papel de los “diaristas”, la transformación del oficio de escritor, los lectores, la participación de la imprenta en la difusión de las nuevas ideas, el estilo, etc.; así como en las novelas de José Joaquín Fernández de Lizardi,<sup>27</sup> por lo que es posible concluir también que la problemática que motivó al autor francés a escribir su obra, fue algunos años después una realidad también en España y Nueva España, y generó polémicas muy similares, aunque con una variante que al final hizo la diferencia: que la propagación de la impiedad no llegó al ateísmo. Sin embargo, los acontecimientos históricos como la invasión napoleónica en un caso y la independencia en el otro, desplazaron la atención hacia asuntos más urgentes, posponiendo la reflexión sobre la lectura y los libros para otro momento.

---

26 José Antonio de Alzate y Ramírez, “Sancta sancte sunt tractanda”, *Gacetas de Literatura de México* por D. José Antonio de Alzate y Ramírez, socio correspondiente de la Real Academia de las Ciencias de París, del Real Jardín Botánico de Madrid y de la Sociedad Bascongada, Puebla, Reimpreso en la Oficina del Hospital de San Pedro, Manuel Buen, 1831, IV tomos, tomo 3, pp. 21-45, *Cfr.* Ma. Isabel Terán Elizondo, *Orígenes de la crítica literaria en México. La polémica Alzate-Larrañaga*, Zamora, El Colegio de Michoacán-UAZ, 2001.

27 Un buen ejemplo de la presencia de muchos de los aspectos que critica Jamin en su obra se encuentran “literaturizados” en la novela *Don Catrín de la Fachenda*, edición y prólogo de Jefferson Real Spell, 8a. ed., México, Porrúa, 1832, (Escritores Mexicanos, 81), 220p., *Cfr.* Ma. Isabel Terán Elizondo, “Entre dos paradigmas: Fernández de Lizardi ante la tradición y la modernidad en *Don Catrín de la Fachenda*” en Benjamín Valdivia (ed.), *XI Encuentro de Investigadores del pensamiento novohispano*, Universidad Autónoma de Guanajuato, 2000, pp. 279-296.

**VERDADERO ANTIDOTO  
CONTRA**

**LOS MALOS LIBROS DE ESTOS TIEMPOS:**

**Ó**

**TRATADO DE LA LECTURA CHRISTIANA;**

EN EL QUE NO SOLO SE PROPONE  
el método que se debe observar en la lectura de  
los buenos libros, á fin de sacar utilidad de  
ellos, sino que al mismo tiempo se descubre el  
veneno que ocultan muchos de los Modernos,  
manifestando los artificios con que procuran  
con aparentes razones difundir sus errores,  
y atraer á las gentes sencillas á diversos  
vicios y disoluciones.

---

*In Bibliothecis loquuntur defunctorum immortales  
anima. Plin. lib. 5. cap. 2.*

---

**ESCRITO EN FRANCES**

*Por el P. D. Nicolás Jamin, Monge Benedictino de  
la Congregacion de S. Mauro.*

**Y TRADUCIDO AL CASTELLANO**

*Por Don Gabriel Quijano, Presbitero.*



---

**POR DON MIGUEL ESCRIBANO. AÑO 1784.**

*Se hallará en la Librería de Corominas, Calle de  
las Carretas.*

INDICE

DE LOS CAPITULOS.

Capitulo I. De la utilidad de la lectura. . . . . Pag. 5

Cap. II. Del modo de formar una Biblioteca pública y particular. . . . . 24

Cap. III. De la lectura y del modo de leer. . . . . 56

Cap. IV. De los libros voluptuosos ó lascivos y que tienen por objeto excitar en el corazón el amor impuro. . . . . 96

Cap. V. De los libros difamatorios. . . . . 126

Cap. VI. De los libros de los Hereges. . . . . 147

Cap. VII. De los libros de los Impios. . . . . 167

Cap. VIII. De la Sagrada Escritura. . . . . 214

Cap. IX. De los Padres de la Iglesia. . . . . 246

Cap. X. De los libros religiosos del tiempo. . . . . 270

Cap. XI. De los libros de Historia. . . . . 295

Cap. XII. De los libros de ciencias y de entretenimiento. . . . . 318

